

LOS PRIMOS AMANTES,

POR EL LICENCIADO JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

AL LICENCIADO FRANCISCO DE QUINTANA.

CUANDO á vuestra merced no le amara por amigo y contemporáneo, por su virtud y divino ingenio lo hiciera; y así, llegándose á lo primero esto segundo, viene á ser interés mio que se conozca el afecto que á vuestra merced y á sus padres he tenido siempre. Por diosa veneraron los antiguos á la amistad, y aunque en la eleccion de dioses fueron bárbaros, pues cada cosa que habian menester tenian el suyo diferente, tanto, que afirma Hesiodo, poeta, que pasaban de treinta mil los que habia en Roma, aquí anduvieron menos ciegos, por ser la amistad útil y aun forzosa en la naturaleza. *Ad usum vitae necessaria* la llamó Aristóteles en el octavo de sus *Éticos*, y mas claramente lo dijo Manilio en el libro II de *Astronomía*:

*Idcirco nihil ex semet natura creavit
Pectore amicitiae majus, nec rarius unquam.*

Gran suerte es de un hombre hallar amigo verdadero; y aunque Tulio en lo que escribió desto mismo no quiere confesar que le haya, paréceme que no lo negará por imposible, sino por dificultoso, pues yo pudiera desengañarle, y él también viniera á contradecirse tácitamente, como se puede colegir de la amistad que tuvo con Pomponio Atico. Entre otras cosas que admiro en vuestra merced despues de sus muchas letras, así divinas como humanas, la que mas me enamora es su humildad y natural desconfianza, ornamento de los hombres entendidos. Siempre se lleva los ojos esta virtud, y mas cayendo en quien tiene dadas fianzas de sus méritos, no como muchos, que apenas saben escribir una carta, y por milagro han acertado una vez en su vida, cuando su soberbia no les deja caber en el mundo y no se pagan de cuanto los otros escriben. ¡Qué lástima, siendo ellos ignorantes! Destos son los que por fuerza quieren que les tengan por doctos, andándose por las librerías con un lugar estudiado que encajan á cualquier ocasion, aunque no esté cortado para ella. Pero no les tengamos envidia, que en fin la presuncion y la hipocresía son vicios, y la verdad los suele pagar de contado, que no siempre pasa por desatinos. De sus muchas prendas de vuestra merced tratara de espacio si no me hiciera sospechoso mi amor, fuera de ser peligroso decir alabanzas en cartas, donde para loar á uno se habla atrevidamente de los demás, desafiando á todos los ingenios (¿quién lo creyera siendo tantos?). Pero ¿qué importa que se diga, si quien lo lee, ó se enfada ó se duerme? La disculpa de Horacio comun es, mas viene á propósito, *pictoribus atque poetis*, y esto basta. Esa novela de los *Primos amantes* remito á vuestra merced para que en su aposento la corrija, y en la calle la defienda. El caso es verdadero, y por esta razon digno de leerse con mas piedad. Vuestra merced me desengañe de lo que le pareciere todo el libro, que aunque le han aprobado personas doctas, como he vivido con vuestra merced, me ha pegado la desconfianza, no la ciencia. Yo he procurado ajustarme con todos los que hubieren de leerle, hablando en un lenguaje que, ni á los discretos ofenda por humilde, ni a los vulgares por altivo. Los versos he puesto como para novelas, dejando otros de mas ingenio y estudio por no venir tan á propósito. Los avisos, sentencias y conceptos van mezclados de modo, que sin apartarse de la narracion hacen su oficio. Y aunque, por ser los gustos tan diferentes, pudiera temer lo que Crispo, cuando rehusaba el magistrado: *Si male administravero, deos; si bene, cives habebó iratos*, imagino que ha de agradar á cualquiera por la razon dicha, como no sea de los mal intencionados, que con los tales no quiero crédito, y pues san Agustin llama en sus confesiones *dimidium animae* al perfeto amigo, vuestra merced tome á su cargo el mio como propio. Y déle Dios la vida que deseo en compañía de sus padres.

*Amigo de vuestra merced,
El licenciado JUAN PEREZ DE MONTALVAN.*

LOS PRIMOS AMANTES.

En la ciudad de Avila, edificio que en grandezas y antigüedad no debe nada á cuantos se alistan en la jurisdiccion de España, nació Laura de padres nobles (porque como las armas suelen dar principio á la nobleza, y en aquella ciudad ha florecido tanto la milicia, tuvieron sus pasados ocasiones bastantes para ilustrar con su propia sangre la que habia de proceder en sus descendientes). Eran moderadamente ricos, y amaban á Laura con extremo, por ser única prenda suya, y porque sus muchas partes merecian cualquier afecto. Tenia una hermosura tan honesta, que á un mismo tiempo se dejaba querer con la belleza, y se hacia respetar con la compostura. Era tan bien entendida, que pudiera preciar de fea, á no desmentirla las perfecciones de su cara. Mirábanla muchos con intento de merecerla por esposa, unos fiados en su fortuna, otros en su gallardía, y algunos en su riqueza; que si hay confianza discreta, esta pudiera tener el primer lugar en la disculpa; pero Laura ofendíase de escuchar alabanzas suyas, si se encaminaban á que reconociese alguna voluntad. No le sonaban bien conversaciones de casamiento, que no es poco milagro en mujer hermosa y que tenia cumplidos diez y seis años. Aumentábanse con su resistencia los extremos de sus amantes; que el desden nacido del recato, y mas en la que ha de ser mujer propia, en lugar de entibiar el deseo, pone espuelas á la voluntad. No era de las doncellas que al caer el sol dejan la almohadilla, visitan la ventana, y á media noche aguardan la música, y reciben el papel, que suele ser el primer escalon de su deshonra. Laura ni escuchaba ni apetecía, pero ¿qué mucho si tenia en el alma quien se lo estorbaba? Laura amaba, Laura estaba perdida, y Laura era principal; que basta para no admitir nuevos empleos, habiendo puesto los ojos en quien la merecía. Tenia su padre un hermano recién viudo, que de muy rico pasó al extremo de la necesidad, y para dar á entender su pobreza, baste decir que casó con mujer gastadora, que era noble y hacia fianzas. Vióse tan alcanzado, que con una licencia para las Indias desamparó su casa, pensando mejorase en donde no le conociesen; y para hacerlo mejor dejó un hijo que tenia, llamado Lisardo, encomendado á su hermano, el cual le recibió como á sangre tan suya, haciendo cuenta que le habia dado el cielo un hijo para que despues de dar estado á

Laura quedase en su compañía y le consolase en los trabajos que suelen seguir á la senectud. Tendría Lisardo cuando se ausentó su padre la misma edad que Laura; era hermoso, bien criado, de ingenio vivo, y tan gracioso en las travesuras, que ya su tio apenas le diferenciaba en el amor que tenia á su hija, con la cual se crió en igualdad de hermanos y con amor de primos. Queríanse los dos con aquella voluntad que permite la inocencia; no hacia Laura cosa sin gusto de Lisardo, ni Lisardo tenia pensamiento que no comunicase con ella, y en los dos parecia que se ensayaba la voluntad para mayores finezas. Dejó de ser niña Laura, y Lisardo empezó á descubrir su divino ingenio, aventajándose á todos, así en las bizarrías de caballero como en las acciones de entendido. Era galán y brioso, y tan cortés y bien hablado, que se hacia querer aun de los mismos que le envidiaban. Amaba á su prima mas de lo que pedia su cordura; mirábala ya con otros ojos, atrevíanse los deseos, dábale voces la voluntad, y finalmente, la pasión iba creciendo al paso de los años. Laura también, por otra parte, se dejaba llevar de su natural inclinacion, vivía con esperanza de gozarle, aunque tenia miedo á su padre, porque era viejo y estaba cerca de codicioso, y sobre todo tenia un amigo y el mas poderoso de aquella tierra, el cual procuraba que un hijo suyo gozase la hermosura de Laura, porque era su amor tan demasiado, que se recelaba algun peligro en su salud. Su padre hacia buena cara á esta pretension, porque Octavio, que este era el nombre del enfermo amante, era hombre de conocida nobleza, y cuando le faltara esta calidad, se pudiera suplir fácilmente con dos mil ducados de renta. Temía Laura no le venciese á su padre el oro, que es peligroso su poder, y tiene particular imperio en todos. Decía ella que harto rico era quien no deseaba riquezas y se contentaba con su fortuna; pero estas filosofías no hallan acogida en las personas que con los muchos años se han olvidado de amar. A Laura la movía la voluntad, y á su padre le desvelaba la ambicion. A ella quitaban el sueño cuidados de Lisardo, y á él le inquietaba el verse con mayores aumentos. Oíale hablar muchas veces en su remedio, si se llama con este nombre quitar á una mujer el gusto, y aunque no se lo decía á Lisardo, por no darle pesadumbre, en viéndose á solas lloraba como

amante. En efecto, despues de pasados algunos dias, se determinó el viejo en darla á Octavio, que para ella fuera mas apacible á un sepulero, y viendo en su sobrino tantas muestras de prudente, quiso primero aconsejarse con su entendimiento, y una vez que estaban los dos en el campo, sin mas testigos que los árboles y el agua, le dijo desta suerte:

Bien sabes, Lisardo, la grande voluntad que me debes, pues, ya que no eres mi hijo en la naturaleza, yo he sido tu padre en la crianza; en mi casa quedaste de pocos años, y en ella has vivido con el respeto y regalo que todos saben, pues nadie te juzga sino por hijo propio, y sabe el cielo que me tengo por dichoso en esta imaginacion, porque todos conocen tu ingenio, alaban tu virtud, y estiman tu persona. Dígotelo todo esto para que adviertas lo mucho que me ha obligado tu cordura, pues no me he querido fiar de mis años, y me dejo aconsejar de tu discrecion; siéntome viejo y con achaques, esperando por puntos el último término de mis dias; desvelame el ver sin estado á tu prima, y quisiera que no me hallara la muerte en tiempo que fuera forzoso dejarla sin dueño, y muriera con escrúpulo de no haberla remediado pudiendo. No tengo tan sobrada hacienda que pueda descuidarme con seguridad de su ventura: el dote que tiene es moderado, si bien su mucha virtud es bastante crédito de su remedio; pero en este tiempo anda tan poco válida, que suele ser en un casamiento lo postrero que se pregunta. Así discurría el padre de Laura, y Lisardo escuchaba la tragedia lastimosa de su voluntad, sin poder responderle como quisiera; retiró algunas lágrimas que habia llamado el sentimiento, y calló algunos suspiros, guardándolo todo para que en mejor ocasion Laura lo viniese á saber, y los dos se ayudasen á llorar: disimuló cuanto pudo, y luego su tío ó su homicida prosiguió diciendo: Has de saber pues que ha muchos dias que Octavio quiere á Laura, esto con tanto extremo, que su mismo padre con ruegos y regalos me alienta para que se efectúe: tiene la riqueza que sabes, y hágole pocas ventajas en la nobleza; no quisiera perder esta ocasion, porque no tengo de hallar otra tan á propósito. Yo pienso hacer mañana las escrituras, que bien tengo entendido de la obediencia de Laura que no tiene mas gusto que mi albedrío, ni mas ley en su pecho que mi voluntad; pero primero he querido comunicarlo contigo, porque aunque sé que acierta, por lo menos tendré mas seguridad de mi elección.

Tan lastimado escuchaba Lisardo á su tío, que apenas tenia aliento para apelar de su sentencia. Quisiera dar voces y llamar al cielo, que es el último alivio que tiene un desdichado, pero no le dejaba ni su obligacion ni su desdicha; viase morir, y sin poder quejarse, pues le cerraba la boca el mismo que le ofendía en el alma. Pero aprovechándose de su buen juicio, le respondió con la mayor blandura que pudo, advirtiéndole los daños que suelen traer consigo las repentinas resoluciones, que parecia temeridad dar un hombre palabra que no estaba en sus manos el cumplirla, pues aunque Laura

tenia tan de su parte la obediencia, muchas veces no puede una mujer conformarse con lo que contradice el cielo, y pues era ella la que habia de hacer vida con él, lo mejor era darle parte, saber su pensamiento, entender su gusto, y prevenirla del aumento que se le seguía.

Decía esto Lisardo con ánimo de fiar en la dilacion el remedio de la desdicha que le aguardaba. No le desagradó á su tío el parecer, y así se resolvió á declararse con Laura, aunque haciendo de manera que en el proponer y el ejecutar no se gastase mas de un tiempo. Quedó Lisardo tan confuso, que le parecia que cuanto habia oido era ilusion de su descuido ó sueño de su fantasia: fuése á casa batallando con sus pensamientos, y recibióle Laura con los brazos, pero estaba de suerte, que no le agradó el favor, por parecerle que tenia algo de despedida; solian hablarse por el aposento de una criada, la cual en viendo á sus señores dormidos, avisaba á los dos amantes, y se gozaban hasta que llegaba el dia, sin que Lisardo tomase en sus amores mas licencia de la que le permitia una voluntad honesta y un amor desinteresado. Dijo Lisardo á su prima que aquella noche queria verse con ella, y cuando lo hizo, pensando que ya la tenia perdida, y considerándola en otros brazos, sin poder hablarla, porque el dolor no se lo consentía, la empezó á decir con infinitas lágrimas la determinacion de sus padres, y antes que él acabase, le salió ella al camino y dijo todo lo que sabia. Sintieronlo entrambos justamente, porque es un tormento sin piedad dividir dos almas que nacieron para un lazo. Pero corrida Laura de haber dudado lo que era imposible á su voluntad, consoló á Lisardo, y le aseguró que primero se dejaria quitar aquella triste vida que consentirlo. Despidiéronse los dos llevando el dolor mas templado; llegó la mañana, y sus padres la llamaron, porque casi toda la noche se habian entretenido en dar trazas contra la voluntad de la pobre Laura. Empezaron á obligarla, diciendo el cuidado y solicitud que tenían de darla estado; dijéronla tambien que la tenian casada con Octavio, hombre que la merecia por muchas causas. Oyólo Laura, y procuró desviarlos de aquel intento diciendo que por ningun marido se aventuraria á dejarlos; fuera de que su edad era muy poca, y queria servirlos y gozar de su juventud, sin tener que contentar á un hombre que no conocia, y sin entregarse á tantos desvelos como siguen al matrimonio, donde los cuidados de los hijos, el amor del esposo y el gobierno de una casa la habian de obligar á no gozarlos como quisiera, porque en casándose una mujer, aun con sus mismos padres es ingrata, y mas si el marido sale á gusto. Bien quisiera decirles la principal ocasion que la movía, pero temia que atribuyesen á liviandad lo que habia sido fuerza de inclinacion, y temia tambien no les enojase su resolucion y le quitasen de los ojos á Lisardo. En fin, lo dispuso con tal ingenio, que sus padres la dejaron por entonces, y ella quedó satisfecha de su amor y pagada de lo bien que se habia defendido. Contóselo á su primo, el cual pagó en abrazos la honrada resistencia; pero apenas se habia le-

vantado el viejo, cuando vieron entrar al padre de Octavio quejoso y determinado, diciendo que su hijo estaba loco, y se temia de su desesperacion su muerte. Disculpa tenia Octavio, que amaba donde no le admitian, y parecía demasiado rigor del cielo que para un hombre rico hubiese imposibles; tuvo por cierto el padre de Laura que el haberse excusado ella seria vergüenza de su recato, no verdad de su disgusto, y fiado en la obediencia y virtud de su hija, le dió palabra de que al otro dia habian de quedar hechas las escrituras. Erró como ambicioso, pues no hay ley que obligue á obedecer en las cosas que tiene peligro el gusto. ¡Oh codicia indigna del corazon de un hombre noble, qué de disgustos has causado! Bien te llama Séneca enfermedad fuerte y peligrosa, que no tiene remedio ni admite yerbas para curarse. Yo quisiera saber qué pretende un padre necio que dispone de la voluntad que ignora. ¿Acaso esta potencia del albedrío del hombre se limitó el poder, pues nunca le fuerza, aunque siempre le inclina? Volvió pues el desconsiderado padre á tratar con mayor fuerza destas cosas, y Laura volvió á defenderse con palabras y razones, que el amor suele enseñar retórica. Túvose fuerte, y su padre se mostró algo enojado, aunque lo procuró desmentir, por no disgustar á quien habia menester. Parecióle que sería mejor camino hablar á Lisardo, que como discreto y que podia tanto con Laura, sería fácil alcanzarlo de su terrible condicion; llamóle aparte y contóle la necesidad de su prima, aunque era tal, que á Lisardo le parecia de perlas. Rogóle que la fuese á ver y riñese, trazándolo de modo, que no hubiese menester usar de otras diligencias y rigores, porque á todo estaba dispuesto. Prometióle Lisardo hacer cuanto pudiese por reducirla, mas no se contentó con esta promesa, sino que quiso dos cosas: la primera, que lo pusiese luego á ejecucion, y la segunda, que él mismo lo habia de oír para ver el cuidado que ponía en sus cosas y el intento que tenia Laura; y para esto imaginó un engaño discreto, aunque peligroso, y fué hacer que una criada la llamase diciendo que su primo la queria hablar, y él se escondiera detrás de las cortinas de una cama para oírlos y salir de sus dudas. Replicó Lisardo como corrido de que hiciese dél tan poca confianza; pero el viejo porfió como tal, y sin escuchar respuesta envió á llamar á Laura, la cual vino bien ajena de aquel engaño, y Lisardo empezó á volverse loco, viéndose tan confuso, que no hallaba salida conveniente á su amor y á sus obligaciones. Con el silencio se hacia sospechoso; con la obediencia se daba la muerte; dar á entender su voluntad era perder á Laura; pues decirle que diese la mano á otro dueño ¿quién lo pudiera acabar consigo queriendo bien y sabiendo sentir? Quisiera avisar á su

prima con alguna seña hurtada, y no era posible, porque su padre le estaba notando las acciones. Espantóse Laura de aquella novedad, y ofendida de su silencio, le iba á decir algunas injurias, que entre amantes suelen pasar por requiebros, y Lisardo, mirando lo que podia resultar, la estorbó diciendo:

Ya sabes, hermosa Laura, de cuánta importancia es en los hijos para que se logren la obediencia y el agradecimiento, particularmente cuando los padres les procuran estado conveniente á su calidad. Yo he sabido de los tuyos el deseo que tienen de remediar tus años, para que, faltando ellos, como es fuerza, ya que sientas su muerte, no echés menos la falta de su amparo, sustituyendo á sus canas el amor de un marido que te estime. Quéjense de que respondes con alguna tibieza á sus intentos, y yerras verdaderamente, porque Octavio te ama y te merece; toda esta ciudad le mira con particular amor; tu edad no es muy desigual á la suya; su entendimiento respetan cuantos le tratan, y su grande hacienda le acredita mas: partes todas que le hacen digno de tí; y cuando no hubiera de por medio ninguna destas razones, basta ser gusto de quien te ha dado el ser. Tu padre te casa, tu padre ha dado la palabra á Octavio, y quiere darte un estado tan venturoso, que pueda una vez la belleza desmentir á la desdicha. Esto ha de ser, y esto te conviene; toda la ciudad espera el dia de mañana, y yo con las mayores veras que puedo te suplico des este gusto á tus padres, que para mí será la mayor lisonja que puedes hacerme. Todo esto decia Lisardo tan fuera de sí, que cada palabra era veneno, y con cada razon se daba la muerte; pero ¿qué mucho si está pidiendo y aconsejando lo que habia de costarle la vida? Mirábele Laura tan confusa, que le parecia que cuanto escuchaba era sueño, porque habia creído que su primo la amaba, y amarla y rogar que quisiese á otro, no parece que se conciertan. Sosegóse Laura, y volvió á pensar en lo que habia oído; dió mil vueltas á las palabras de Lisardo, y decia consigo misma: Pues ¿cómo, cuando yo atropello el respeto de mis padres y paso por el martirio de tantas amenazas, Lisardo habla tan libre y me pide que ame á otro? Pues esto ¿qué puede ser sino poca estimacion mia? Quien tiene ánimo para decirme que me deje gozar de Octavio, no se mata demasiado por perderme. Quien me aconseja que le olvide, claro está que se ofende de que le ame. Pues ¿cómo una mujer principal y de entendimiento se ha de morir por quien tiene ánimo de vivir sin ella? ¿Quién duda que Lisardo se habrá cansado de mis finezas? Que cuando un hombre está seguro de que le estiman, como tiene el temor dormido, procede en sus amores menos galan y mas descuidado. Los hombres se mudan, la voluntad se resfria, y todo vive sujeto en su género á la variedad y á la inconstancia; Lisardo es hombre, vese querido, y habrá hecho como los demás; sabe que le adora y que estoy loca, y prueba mi paciencia con desprecios y pesadumbres; y lo peor es que sin duda debo de tener poco lugar en su memoria, porque hombre que habla tan

cuerdo y me consuela tan prudente; claro está que se sabrá consolar á sí propio. Pues viven los cielos, que esta vez me he de vengar de su ingratitud, y le han de salir los consejos á los ojos; yo haré verdad lo que no imaginé posible, que las mujeres principales nunca se olvidan de lo que son. Esto es sin duda dársele poco de mí, esto es despreciarme conocidamente; mal haya yo si no me lo pagare. Gócame Octavio, gócame un enemigo, que por lo menos quedaré vengada, aunque á costa mía. ¡Oh pobre Laura! detente y mira que te pierdes, y pierdes á quien te ha obligado con lo propio que te ha ofendido. ¿Quién pudiera decirte lo que padece Lisardo y avisarte de que te está escuchando tu padre ó tu verdugo? Laura, vete á la mano; Lisardo es firme, Lisardo te adora; pero ¿quién podrá meter por camino á una mujer enojada y que se le había puesto en la cabeza aquella injusta imaginación? Y para acreditarla mas sucedió haber sabido que una dama de aquella ciudad, no de las menos hermosas, quería bien á Lisardo, porque ella misma la había comunicado su deseo, pareciéndola que como amiga suya y prima de Lisardo alcanzaría cualquiera cosa de su amante. Bien conocía Laura que Lisardo, aunque sabía esta voluntad, no había tenido primero movimiento de agradecerla; pero coligió que pues él mismo la persuadía á que diese la mano á Octavio, sería la causa haber visto alguna cosa en la otra que le agradase, y así deseaba verse libre para gozarla. Vinieron estos celos en ocasión fuerte, confirmaron las sospechas, é hicieron verdad lo que hasta entonces apenas tenía opinión de apariencia. Echólo todo á la peor parte, y atropellando su mismo gusto, negando los oídos á cualquier desengaño, sin mas interés que su venganza, le dijo á Lisardo que estaba muy pagada del nuevo empleo, que bastaba quererle él para allanar el mayor inconveniente, que á Octavio quería, que á Octavio estimaba; y así, les dijese á sus padres que se daba por muy contenta de aquel amor, pues aunque le había resistido, no era por no quererle, sino por el sentimiento que había de tener de verse sin ellos. Y despidiéndose de Lisardo, sin esperar respuesta, se retiró á llorar su poca ventura, unas veces pagada de lo que había hecho, y otras arrepentida por haberse hecho á sí misma la ofensa, pues había de entrar en poder de un hombre que, aunque no le aborrecía, bastaba para vivir muriendo querer á otro y no gozarle. Salió su padre dando mil abrazos á Lisardo, y partiéndose al punto á referir á estas nuevas á sus deudos y á los de Octavio; previniéronse fiestas y galas, y Lisardo quedó como se puede imaginar de un hombre que quería bien y miraba perdido en una hora lo que había granjeado en tantos años. Parecióle facilidad en Laura haberse determinado tan presto, pero bien conoció que fué mas cólera de su pasión que fuerza de su voluntad. Quisiera ir á hablarla y á decirle la causa que le había movido para rogar lo que había de ser espada rigurosa contra su triste vida, mas ya era tarde; fuése al campo á llorar, que es el sitio mas acomodado para sentir bien una tristeza; vino el padre de

Laura á su casa, loco de contento, y con el novio á gozar de la divina presencia de su esposa. Recibióle Laura con los ojos en el suelo; Octavio entendió que era honesta vergüenza; pero los ojos de Laura no decían eso, porque estaban disimulando algunas perlas que, ya que no salían, por lo menos asomaban. Alegróse Octavio con que á otro día quedaría su esperanza en brazos de la posesión, y Laura, llevando adelante su enojo, huía de Lisardo, no porque no le amaba, sino porque estaba corrida de su ingratitud. Mil veces se dispuso Lisardo á hablarla, pero no se lo consentía ni su sentimiento ni la entereza de su prima. Pasóseles la noche á los dos amantes, como á quien miraba tan cerca su desdicha, y en tres días de fiesta, que parece que la desgracia los había traído juntos para acabar mas brevemente á Lisardo, se hicieron las publicaciones. En este tiempo Lisardo y Laura apenas se habían hablado, si no es tal vez que los ojos se tomaban alguna licencia. Laura disimulaba, y Lisardo padece; los dos callaban, y los dos reventaban por decir su tormento: acercábase el desposorio, murmurábase los regocijos, y todos andaban inquietos con la prevención de las galas, si no es Lisardo que llamaba á la muerte, que no venía porque la llamaba; y hallándose una tarde á solas con ella, dejándose llevar de la corriente de sus ansias y de la fuerza de sus penas, la refirió en breves palabras la firmeza de su amor y el engaño que trazó su rigoroso tío para que él mismo fuese procurador de su muerte, y esto con tantas lágrimas y verdaderos suspiros, que cuando no fuera tan verdad, lo creyera Laura. Luego empezó á estar su dolor mas vivo viendo cuán injustamente le perdía; disculpáronse los dos, y repasaron algunos gustos que habían tenido; que cuando se pierden siempre se acuerdan. Abrazóse Laura de Lisardo, pareciéndola que era sagrado para defenderse de un padre que la perseguía y de un marido que no la agradaba; despidiéronse casi sin hablarse, porque las muchas visitas y el demasiado alboroto no les dejaba lugar aun para sentir lo que habían de perder. Llegó el día mas infeliz para Lisardo, y reparó en que aquella noche había de merecer Octavio los brazos de Laura: consideración que fué milagro dejarle vivo; salióse de casa, y fuése á la de un amigo, llamado Alejandro, que era secretario de sus desdichas, y refiriéndole aquella desgracia, le pidió un caballo, de algunos que tenía, para huir del golpe, diciendo que quería sentir la herida, pero no ver la mano que se la daba, y que estaba determinado de irse á Sevilla para negociar alguna orden de embarcarse, y llegar á la ciudad de los Reyes, en donde había sabido que su padre asistía; porque un hombre noble y que amaba no había de mirar en otros brazos prendas que habían merecido los suyos. Parecióle á Alejandro que no erraba en ausentarse, pues la ausencia suele ser el comun remedio contra la memoria; y antes que se partiese, porque le quedase á Laura alguna de quien había querido tanto, la envió una banda negra que tenía, con cifras de su nombre, y para darla á entender cómo quedaba, y sin decir que se

partía, tomó la pluma, y le escribió estos versos, que para mas crédito de su desdicha los sabía hacer con algun acierto; el caso lo pedia mas tiernos que cultos, y así decían:

Recibid, hermosa Laura,
En este triste color
De mi esperanza la muerte,
De mi muerte la ocasión.
Negro el favor os ofrezco,
Para que os diga el favor
Que el alma se viste luto
Porque su dueño murió.
Si lo negro penas dice,
De negro sale mi amor,
Porque es la mayor librea
Para un triste corazón.
Yo quedo sin vos, bien mio,
Porque mi suerte gustó
Que otros brazos os merezcan,
Que no hay desdicha mayor.
Y así mi nombre os envío
En ese triste blason,
Pues que ya de lo que he sido
Solo el nombre me quedó.
Tristes los dos viviremos,
Pues esperamos los dos,
Vos el veros sin ser mia,
Y el estar sin veros yo.
Mas consuélate, bien mio,
Ver que puede tal rigor
Obligarme á no gozaros,
Pero á no quererlos no.

No nacistes para mí,
Que era, Laura, mucho error
Pensar que merezca un ángel
Quien tan poco mereció.
Y así dice el alma mia,
Viéndose morir sin vos,
Que la ha costado bien caro
El teneros tanto amor.
Dícenme que algun disgusto
Recebis por mi ocasión,
Y deso me pesa mas
Que de mi propio dolor.
No tengais vos pesadumbre,
Mi bien, aunque muera yo,
Porque me veré sin vida
Si con pena os miro á vos.
No floreis, señora mia,
Que matais al corazón,
Y le bastan sus desdichas
Sin que sienta las de vos.
Vos no perdeis en perder me,
Pues tendréis dueño mejor,
Yo sí, que pierdo la vida
A manos de mi pasión.
Mas os quisiera decir,
Pero las lágrimas son
Tantas, que las letras borran,
Y no puedo mas: adios.

Diéronle á Laura el recaudo de su primo, y leyó el papel enternecido, que bien lo merecían las verdades con que venía escrito; reparó de espacio en la triste vida que la aguardaba sin Lisardo; consideró que amarle y estar en ajeno poder era peligroso en su recato; acordóse de la dama que le quería, y echó de ver que si ella se casaba, era fuerza que Lisardo pagase su cuidado, ó movido de amor, ó con intento de darla pesadumbre; cogióla con estos pensamientos la noche; miró la casa llena de ruido y de infinita gente; sus deudos eran muchos, porque era noble, y los de Octavio mas, porque era rico; preguntó por Lisardo, y dijéronla que estaba en casa de aquel amigo que ella conocía; apretósele el corazón, y parecióle imposible aventurarse á querer á un hombre que no fuese Lisardo; dió en este pensamiento, aconsejóse con su deseo, que la decía se pudiese en manos de su primo, pues de aquí se seguía vivir con gusto, gozar de su primo, huir de la muerte, y pagar con una mano tantos años de buena voluntad. No le desagradaba á Laura lo que la prometía su esperanza; pero temía el rigor de sus padres y el escándalo que suelen causar sucesos semejantes; mas luego volvía en sí, diciendo: Yo soy hija única, y no hay padre tan cruel que con el tiempo no se deje vencer de la piedad y ruegos: ¿qué puede decir el vulgo viéndome en poder de quien es mi esposo? Por ventura, ¿no será peor ponerme á riesgo de que me murmure despues de casada? Porque una mujer sin gusto está muy cerca de hacer cualquier locura; ánimo pues, corazón, que no tengo de consentir otro dueño en tu monarquía; de Lisardo eres, para Lisardo naciste, y no han ser bastantes respetos necios á quitarme de una vez la vida y el gusto; y resuelta gallardamente á morir con Lisardo,

primero que vivir con el tirano que la esperaba, viendo que la gente que había acudido era mucha, tomó de prestó su manto, y recogiendo en un pañuelo las joyas que tenía, sin ser vista de alguna persona, se metió entre las disfrazadas que habían venido, y casi sin imaginario se halló en la calle, y fué á la casa de Alejandro, al cual halló mas triste que quisiera; preguntóle por su esposo, que ya no le llamaba primo, porque quien venía á buscarle y con alguna muestra de facilidad había menester otro nombre que la disculpase mas. Respondióle Alejandro que había tres horas que en un caballo, hijo del viento, se había partido á Sevilla, huyendo de su patria y desconfiando de tanta ventura. Oyólo Laura, y fué mucho que la dejasen con vida nuevas que de justicia pedían cualquiera desesperación; hurtó un desmayo algunas rosas á su cara, que se precieron de azucenas, habiendo pasado opinión de claveles. Quiso Alejandro remitir á dos caballos el consuelo de Laura, pero no se atrevió porque á ella le faltaba poco para difunta, y había menester mas repararse de aquella pesadumbre que poner en contingencia su vida, fuera de que en conociéndose la falta, era forzoso acudir á los caminos, y sería muy posible caer en manos de sus enemigos; y así, le pareció mas seguro llevar á Laura, como lo hizo, á casa de una parienta suya, que por su prudencia merecía confianza, la cual la recibió y regaló con infinito gusto, porque era muy grande amiga suya, y cuando no lo fuera, su cara aun tenía jurisdicción en las mujeres para mover á voluntad. Hizo esta diligencia Alejandro con intento de partirse de allí á dos días en busca de Lisardo, para que no prosiguiese su viaje y volviese á conocer que no era tan desgraciado como presumía. A este tiempo ya la casa de Laura estaba revuelta, Octavio loco, sus deudos corridos, los padres de Laura confusos, y todos haciendo diligencias sin provecho; mas advirtiéndose en que faltaba también Lisardo, lo atribuyeron á traición suya, y confirmaron que era la principal ocasión de aquella desdicha. Determinóse el padre de Laura de vengarse buscándole para hacerle castigar rigurosamente, conforme á la gravedad de su delito. Quiso acompañarle Octavio, por ver si su amor se dejaba vencer de desengaños tan manifiestos, y porque había dicho Lisardo que tenía gran deseo de ver á la insigne villa de Madrid, corte de Felipe IV, dignísimo monarca de las Españas, se resolvieron de venirle á buscar en ella, cuando á él le llevaban sus ansias á la muerte, y sus pensamientos á Sevilla. Holgóse en extremo Alejandro de que fuesen tan encontrados, y despidiéndose de Laura, la dijo que quería ir á buscarle, porque tenía por cierto que si se detenía sería posible no hallarle adonde imaginaba. Parecióle á Laura muy bien la fineza de Alejandro, pero no quedarse ella sin acompañarle; y así, concertaron salir de la ciudad, como lo hicieron, caminando de noche por el riesgo que había en ser conocidos. Llevaba Alejandro un criado solo de quien se fiaba, y bien prevenido de dineros, por si acaso la jornada no se acabase con la brevedad que quisieran.